

La peste de Atenas como metáfora lucreciana del *discidium* social y las perturbaciones humanas

Liliana Pégolo
Universidad de Buenos Aires¹

Nicolás Russo
Universidad de Buenos Aires-CONICET²

La agitación de los fenómenos naturales y sus efectos destructivos es una metáfora recurrente en la literatura latina para ilustrar el conflicto social interno y sus catastróficas consecuencias para el tejido social (Hardie 1986). La acción repentina del viento sobre las aguas que hace zozobrar las naves³, y sus violentas ráfagas sobre la tierra que destruyen los cultivos (Verg., G. I,318), son comparables, para el pensamiento del Mundo Antiguo, con el desastre ocasionado por la pérdida del equilibrio de fuerzas en la sociedad (Breed 2010, 6): ambas representan tanto la fragilidad de las creaciones humanas cuanto la morbilidad que nos acecha desde el entorno natural. Esta imagen, presente en numerosos análisis acerca de la crisis socio-sanitaria y humanitaria que atravesamos en la actualidad, resulta especialmente productiva a fin de leer la relación entre naturaleza y desintegración política, presente en el Libro VI de *De Rerum Natura*. Lucrecio cierra su polifacético y monumental poema con el relato de la peste de Atenas mediante una cruda y detallada descripción etiológica de sus síntomas (VI.1138-1285), en la que une la enfermedad de los cuerpos con la pestilencia y la desintegración de los vínculos e instituciones sociales de la *pólis*.

La conclusión de la obra por medio de este episodio ha suscitado en buena parte de la crítica especializada lecturas que interpretan el final del Libro VI como apartado del discurso filosófico construido a lo largo del poema; su significación es señalada o bien como una digresión con mero valor literario (Boyancé 1969, 285-87) o bien funcionando como una “metáfora social” que, a través de la alusión a la vida política, sirve para explicar los procesos físicos del funcionamiento de la naturaleza (Cabisius 1984, 110-15)⁴. Frente a estas interpretaciones, plantearemos en el siguiente trabajo una lectura del episodio de la peste de Atenas que permita indagar su valor político, en el contexto de agitación social en la Roma tardorrepublicana contemporánea a *De Rerum Natura*. Para ello, sostenemos como hipótesis de lectura primaria la existencia de una correlación entre la degradación física, a partir de la ruptura de los *foedera naturai* y el *discidium* social, provocada por la peste en Atenas, la cual simboliza la morbilidad y la miseria del sistema político romano en las postrimerías de la República. Asimismo, intentaremos probar que los últimos versos del libro VI escenifican, mediante la peste, la fragilidad que atraviesa el cuerpo social romano. En consecuencia, desde la perspectiva de la ética epicúrea resignificada por Lucrecio, exploraremos el episodio de la peste como un posible *remedium* para los lectores (Sedley 2004, 163; Commager Jr. 2007, 191), en la medida en que contribuye a la comprensión de la doctrina expuesta en el poema frente a la discordia social y a las insatisfacciones de los hombres.

1 pegolabe@gmail.com / ORCID: 0000-0001-9798-2888

2 nicolasrusso.917@gmail.com / ORCID: 0000-0003-0415-1917

3 El fragmento 326 de Alceo, que comienza con la imagen de la revuelta de los vientos (ἀσυννέτημι τῶν ἀνέμων στάσιν) es considerado como inaugural en la utilización del tópico de la “nave del Estado”, ampliamente retomado por la literatura latina.

4 Peta Fowler (2007, 199-201) y Antonio Ruiz Castellanos (2012, 9-12), entre otros, efectúan un estado de la cuestión sobre las interpretaciones críticas en torno a la peste de Atenas en la obra lucreciana.

1. La naturaleza como agente patológico

La representación de la naturaleza que Lucrecio construye en el Libro VI se destaca por su carácter perturbador. Autores como Serres (1994, 12) señalan que esta sección de la obra ilustra una turbulenta física de los fluidos, en la cual el origen de los diferentes fenómenos naturales se explica como una continua confusión y oposición de los elementos primordiales. En este sentido, los movimientos de tierra (VI,535-607), el volumen y la crecida de las aguas (VI,608-638), las erupciones volcánicas (VI, 639-711) y, principalmente, los fenómenos atmosféricos —el trueno, el rayo, el relámpago, el granizo, las lluvias— son producto de la violencia presente en la naturaleza⁵. Esta violencia se expresa a través de diversas imágenes sensoriales que destacan la sonoridad estruendosa (VI,96⁶;119-120⁷;228-229⁸) y la destrucción provocada por el choque de los elementos (VI,239-243⁹; 596-600¹⁰). Tal es así que, al final de su obra, Lucrecio construye una naturaleza extrema y hostil, cuyos elementos se encuentran en continua agitación “[...] a causa de una guerra ambigua, / de aquí las llamas, de allí los vientos y el agua que se ha mezclado” (VI,377-378)¹¹. Esta metáfora belicista encuentra su explicación en la naturaleza al considerar la discordia entre los elementos como un “principio” generador y renovador, idea que Lucrecio expresa mediante la tumultuosa confusión que tiene lugar en la atmósfera:

Pues, la misma corriente del año mezcla el frío <y> el calor,
de los cuales, ambos, le resultan necesarios a la nube para forjar los rayos,
de modo que <exista> la discordia entre las cosas y, en un gran tumulto,
el aire se agite furibundo con fuegos y vientos¹².
[...] es necesario que, por esta razón, <las cosas>
disímiles luchan entre sí y que, mezcladas, generen tumulto¹³.

En este sentido, la discordia en la naturaleza representada en el Libro VI se expresa en la desmesura de sus fenómenos que azotan la totalidad del mundo, provocando efectos dañinos en sus tres planos

5 Cabe destacar que el Libro VI en su conjunto ofrece diversas etiologías por medio de las cuales se pretende explicar el origen de determinados fenómenos que resultan incomprensibles o extraños (*mirabilia*). Cf. Ruiz Castellanos (2012, 11).

6 “En primer lugar, se sacuden las azules (bóvedas) del cielo a causa del trueno” (*Principio tonitru quatiuntur caerulea caeli*). Observaciones: Las traducciones del texto lucreciano corresponden a la edición de “Las cuarenta”, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2020, efectuada por Liliana Pégolo y equipo.

7 Con respecto al sonido que provoca el choque lateral de las nubes, Lucrecio señala que “desde donde aquel sonido seco estruja los oídos y se alarga / por un tiempo, hasta que (las nubes) salen de los espacios estrechos” (*aridus unde auris terget sonus ille diuque / ducitur, exierunt donec regionibus artis*).

8 “En efecto, el fuerte relámpago atraviesa los muros de las casas, / como el clamor y las voces; pasa a través de las rocas, a través de los aires,” (*Transit enim validum fulmen per saepta domorum, / clamor ut ac voces, transit per saxa, per aera*).

9 Acerca de la fuerza del rayo, el poeta se pregunta: “Ahora, de qué modo se engendran esas cosas y surgen / con tanto ímpetu que, de un golpe, pueden partir en pedazos torres, / demoler casas, arrancar vigas y postes de madera, / y hacer conmovier y remover los monumentos de los héroes, / dejar sin vida a los hombres, derribar los ganados indiscriminadamente,” (*Nunc ea quo pacto gignantur et impete tanto / fiant ut possint ictu discludere turris, / disturbare domos, avellere tigna trabesque, / et monumenta virum commliri atque ciere, / exanimare homines, pecudes prosternere passim*).

10 En el pasaje dedicado al efecto de los terremotos, Lucrecio relata: “Entonces, trepidan por las ciudades con doble temor: / por arriba temen a los techos, por debajo temen que la naturaleza / destruya repentinamente las cavernas de la tierra o que, habiéndose / separado en pedazos, abra su boca hacia todas partes / y, una vez turbada, quiera llenarla con sus ruinas.” (*Ancipiti trepidant igitur terrore per urbis, / tecta superne timent, metuunt inferne cavernas / terrai ne dissolvat natura repente, / neu distracta suum late dispendat hiatum / idque suis confusa velit complere ruinis*).

11 [...] quoniam bello turbatur [...] / hinc flammis illinc ventis umoreque mixto.

12 VI,364-367: *Nam fretus ipse anni permiscet frigus <et> aestum. / quorum utrumque opues est fabricanda ad fulmina nubi, / ut discordia <sit> rerum magnoque tumultu / ignibus et ventis furibundus fluctuet aer.*

13 VI,369-370: [...] quare pugnare necessest / dissimilis <res> inter se turbareque mixtas.

—el cielo, la tierra, el mar— y en los cuerpos de las criaturas engendradas por la naturaleza (Fantham 2010, 213). Por consiguiente, al entender los eventos naturales extremos como síntomas del desbalance de los elementos primordiales del mundo, Lucrecio profundiza el paralelismo entre la agitación de la naturaleza y la presencia de la enfermedad en el cuerpo humano cuando expone el origen de las epidemias:

Y toda esa fuerza de las enfermedades y su pestilencia
o vienen desde afuera por arriba del cielo, como las nubes
y las nieblas, o ellas mismas a menudo surgen nacidas
de la tierra, cuando, húmeda, experimentó una podredumbre
tras ser golpeada por lluvias y calores intempestivos¹⁴.

La etiología de las enfermedades no solo se relaciona en el poema con el grado de violencia de los fenómenos naturales, sino también con el desequilibrio que provoca en los cuerpos humanos su desplazamiento geográfico hacia los extremos del mundo¹⁵. En este punto, Lucrecio recoge la tradición hipocrática de la nosogeografía¹⁶, al afirmar que el clima radicalmente opuesto de las regiones del mundo determina en sus habitantes las enfermedades que padecen¹⁷. No obstante ello, el cuerpo de los hombres frecuentemente es violentado por la irrupción repentina de fenómenos atmosféricos extraños que portan nuevas epidemias desde regiones foráneas, modificando las condiciones ambientales¹⁸. Frente a tal imprevisibilidad de la naturaleza, la humanidad se ve inerme y desprotegida, ya que:

No importa si vamos a lugares adversos
para nosotros y cambiamos el cobijo del cielo,
o si la naturaleza, por su iniciativa, nos trae un ciclo
infectado, o algo con lo que no estamos acostumbrados a manejarnos
que nos pueda afectar con su reciente venida¹⁹.

14 VI,1098-1102: *Atque ea vis omnis morborum pestilisque / aut extrinsecus ut nubes nebulaeque superne / per caelum veniunt, aut ipsa saepe coorta / de terra surgunt, ubi putorem umida nactast / intempestivis pluviisque et solibus icta.*

15 Tal afirmación se sostiene entre los versos 1103-1105: “¿No ves también que, a causa de la novedad del clima y de las aguas, / son afectados cualesquiera que van fuera, lejos de la patria y / de su hogar por la razón de que las cosas se diferencian demasiado?” (*Nonne vides etiam caeli novitate et aquarum / temptari procul a patria quicumque domoque / adveniunt ideo quia longe discrepant res?*).

16 Esta teoría, sostenida por geógrafos como Eratóstenes y reforzada por la etiología de los humores de Hipócrates, plantea la relación directa entre las condiciones climáticas y la predisposición física y conductual de las diversas poblaciones, las cuales habitan diferentes zonas climáticas que determinan su grado de desarrollo moral, intelectual y tecnológico.

17 Entre los versos 1115-1117, el poeta cita ejemplos de enfermedades endémicas bien documentadas en la Antigüedad, como la elefantiasis característica del clima subtropical del curso medio del Nilo, o la gota, padecimiento frecuente en la región griega del Ática. La causa de este endemismo es explicada mediante la sentencia de los versos subsiguientes: “[...] Por eso cada lugar es enemigo de partes / y miembros diferentes: eso lo provoca el aire variado.” (*[...] Inde aliis alius locus est inimicus / partibus ac membris: varius concinnat id aer*).

18 Por otra parte, tal como afirma Ruiz Castellanos (2012, 17), “parecería que Lucrecio fue el primero y el único en hablar de gérmenes contagiosos, *semina morbi*”, lo que “ha desencadenado la búsqueda de antecedentes para la teoría lucreciana del contagio”.

19 VI,1133-1137: *Nec refert utrum nos in loca deveniamus / nobis adversa et caeli mutemus amictum, / an caelum nobis ultro natura corruptum / deferat aut aliquid quo non consuevimus uti, / quod nos adventu possit temptare recenti.*

En consecuencia, el origen y la propagación de la peste manifiesta la voluntad de la naturaleza en su faceta destructora, la cual es ejercida libremente (*ultro*) mediante la fuerza del viento²⁰ sobre una humanidad que es afectada no solo física y psicológicamente, sino también en lo que respecta al cuerpo social. A efectos de ilustrar esta doble afección, Lucrecio relata en los versos finales del Libro VI las desgracias provocadas por la famosa peste acaecida en Atenas entre los años 430-426 a.C. La reelaboración del episodio, narrado originalmente por Tucídides²¹, exhibe la discordia de elementos que causa la enfermedad en los cuerpos y su correlato en el *discidium* que se extiende por el tejido social de la *pólis*. En cuanto a la arquitectura del poema, el episodio presenta dos partes íntimamente relacionadas: la primera, que relata el desbalance de lo natural; la segunda, que narra el desequilibrio de lo social entendiéndose como una precipitada caída hacia una anomia radicalizada (Ludueña Romandini 2015, 40).

2. El desbalance de lo natural

Esta, la razón de las enfermedades en otro tiempo, y de hecho
 un mortífero calor volvió luctuosos los campos en los límites
 de Cécrope y devastó los caminos, dejó sin ciudadanos la ciudad.
 Pues, al llegar, nacida en los profundos confines de Egipto,
 después de haber recorrido un vasto espacio de aire y los campos fluctuantes
 (del mar), se echó finalmente sobre todo el pueblo de Pandión²².

El origen de la peste a partir de “un mortífero calor” (*mortifer aestus*) de procedencia africana (*ortus finibus Aegypti*) sitúa la morbilidad en los extremos del mundo conocido. Este hecho, aunado a la expansión de la peste desde el oriente hacia Grecia, determina el exotismo geográfico de la enfermedad, el cual, desde la perspectiva romana, implica asimismo hostilidad (Balsdon 1979). Ello se refuerza por medio del uso de verbos que describen el avance de la peste (*vastavit, exhausit*) como una campaña militar que se abate sobre los elementos materiales característicos de la civilización grecolatina: los campos, los caminos y la ciudad (*agros, vias, urbem*). En este sentido, el aire tórrido que procede del extranjero invade el paisaje, borrando no solo las construcciones humanas, sino también los rasgos de humanidad de los cuerpos, a través de los elementos que caracterizan la zona de origen de la peste: la sequedad y el calor. Ambos elementos se encuentran presentes en el extenso pasaje, entre los versos 1145-1207, en el que Lucrecio describe la sintomatología de la enfermedad. En esos hexámetros, el poeta muestra la ruptura del equilibrio natural propio de la zona mediterránea templada mediante el quiebre de la oposición de estados frío-calor y sequedad-humedad en el cuerpo humano. El calor aparece con la fiebre (VI,1145²³,

20 El viento es presentado a lo largo del poema, como el de mayor poder de agitación entre los fenómenos de la naturaleza. A modo de ejemplo, ver *De Rerum Natura* I. 270-279.

21 Tucídides narra en su *Historia de la guerra del Peloponeso* los acontecimientos ocurridos durante la más famosa de las plagas de la Antigüedad conocida como la peste de Atenas. Esta tuvo lugar entre los años 430-429 a.C. y recrudesció nuevamente en 427 a.C. Tucídides le dedica veinticinco capítulos de su relato, algunos de ellos completos y otros, en parte (I,23; II,47-54, 57-60 y 64; III,13 y 87). Cf. Cohn, Jr. (2018, 7).

22 VI,1138-1143: *Haec ratio quondam morborum et mortifer aestus / finibus in Cecropis funestos reddidit agros / vastavitque vias, exhausit civibus urbem. / Nam penitus veniens Aegypti finibus ortus, / acra permensus multum camposque natantis, / incubuit tandem populo Pandionis omni.*

23 “En un principio tenían la cabeza encendida por el ardor” (*Principio caput incensum fervore gerebant*).

1165²⁴), el enrojecimiento de los tejidos (VI,1146²⁵, 1166²⁶), o en las imágenes de afecciones relacionadas con el fuego, tales como quemaduras (VI,1167²⁷) y ardores de la piel y los miembros (VI,1163-1164²⁸, 1168-1169²⁹, 1172-1173³⁰). La sequedad se presenta en el pasaje a partir de la pérdida de los fluidos corporales, con síntomas como las hemorragias (VI,1149³¹, 1203³², 1205³³), la deshidratación (VI,1175³⁴, 1187³⁵) y la diarrea (VI,1200)³⁶.

Así, el desborde del cuerpo humano se incrementa con la imagen de su paulatina desintegración: el avance de la enfermedad implica la ruptura de la unidad del hombre, en tanto se ven afectados primeramente sus ojos (VI,1146) y su lengua (VI,1149)³⁷. De modo que la peste comienza por anular la mirada y el lenguaje, herramientas de interpretación por antonomasia del hombre romano (Frederick 2002). La pérdida del lenguaje conlleva la desaparición de su función específica, la interpretación del ánimo, el cual es rector de la inteligencia y del alma desde la perspectiva lucreciana³⁸. Por consiguiente, el pecho y el corazón (VI,1152) se ven afectados en la turbación del ánimo, hecho que causa síntomas psíquicos en los individuos (VI,1180-1184)³⁹ y es representativa del estado de “acongojada angustia” (VI,1158: *anxius angor*) que azota a los hombres⁴⁰. En este punto, el inexorable avance de la peste como enemigo invasor sobre Atenas se consuma en lo que respecta a la materialidad corporal y psíquica humana: desprovistos de todo fluido vital por la enfermedad, los cuerpos se vuelven tan áridos y yermos como el desierto del cual proviene la peste, y su entendimiento se torna turbado y encendido por el aire tórrido que trae la enfermedad. No obstante ello, esta imagen, aunque de gran crudeza, es coherente con la física que impulsa Lucrecio: la degradación de los cuerpos es producto de la ruptura y el reacomodamiento de los *foedera naturai*, es decir, los pactos naturales que rigen a los átomos y determinan la estabilidad y el orden del mundo (Fowler 2007, 427). Según esta doctrina, el comportamiento de los *primordia* no está gobernado por una ley externa de carácter unívoco, sino que está controlado por “acuerdos” de libre asociación⁴¹. Sin embargo, Lucrecio plantea que estos pactos surgen de la necesidad y, en consecuencia,

24 “[...] se les ofrece a las manos un contacto tibio” ([...] *tepidum manibus proponere tactum*).

25 “y los dos ojos enrojecidos con un brillo difuso” (*et duplicis oculos suffusa luce rubentis*).

26 “y, al mismo tiempo, se enrojece todo el cuerpo a causa de las úlceras como quemaduras” (*et simul ulceribus quasi inustis omne rubere*).

27 “[...] así cuando el fuego sagrado se esparce a través de los miembros” (*ut est membra sacer dum diditur ignis*).

28 “No podrías haber observado que a alguien, en la superficie del cuerpo, / le hirviera excesivamente la parte más externa” (*Nec nimio cuiquam posses ardore tueri / corporis in summo summam fervere partem*).

29 “La parte interna de los hombres, en verdad, ardía hasta los huesos, / ardía en el estómago como una llama dentro de las fraguas” (*Intima pars hominum vero flagrabat ad ossa, / flagrabat stomacho flamma ut fornacibus intus*).

30 “Algunos entregaban sus miembros ardientes a causa de la enfermedad / a las gélidas corrientes, arrojando sus desnudos cuerpos a las olas” (*In fluvios partim gelidos ardentia morbo / membra dabant nudum iacentes corpus in undas*).

31 “la lengua [...] derramaba un flujo sanguinolento” ([...] *manabat lingua cruore*).

32 “salía mucha sangre infectada de los orificios nasales” (*corruptus sanguis expletis naribus ibat*).

33 “[...] el intenso flujo de la sangre repulsiva” (*profluvium [...] taetri sanguinis acre*).

34 “[...] su reseca sed, difícilmente aplacable [...]” ([...] *insedabiliter sitis arida [...]*).

35 “y una reluciente gota de sudor que moja a través del cuello” (*sudorisque madens per collum splendidus umor*).

36 “[...] un flujo negro del vientre” ([...] *nigra proluvie alvi*).

37 El patetismo descriptivo que se desprende de estas imágenes es interpretado por Commager Jr. (2007, 193) como un emblema de la “plaga” psíquica que afecta a los hombres.

38 Lucrecio trata las nociones de *animus* (ánimo) y de *anima* (alma) en el Libro III,94-324.

39 “en efecto, cuando las ardientes luces de los ojos se revolvían tantas veces / a causa de la enfermedad, abiertos, privados de sueño. / Además, entonces, se daban muchas señales de muerte, / un entendimiento del ánimo perturbado con pena y miedo, / un ceño triste, un rostro enfurecido y severo” (*quippe patentia cum totiens ardentia morbis / lumina versarent oculorum expertia somno. / Multaque praeterea mortis tum signa dabantur, / perturbata animi mens in maerore metuque, / triste supercilium, furiosus vultus et acer*).

40 De esta forma también aparece en *De Rerum Natura* III,993. Acerca de su significación simbólica, cf. Commager Jr. (2007, 192).

41 ver *De Rerum Natura* II,1058-1063.

son constituyentes del proceso natural⁴²; en la medida en que los *foedera* establecen límites a la duración y el poder de las cosas en el mundo, no son eternos (Tee 2016, 24).

Asimismo, el agrupamiento impredecible y repentino de los átomos debido al *clinamen*⁴³ presupone el desvío de tales acuerdos y, por ende, su disolución y renovación. En consecuencia, la aparición de la peste en Atenas y sus efectos degradantes sobre el cuerpo humano podrían explicarse por la misma agitación de los elementos descrita desde el inicio del Libro VI; esta deriva en la disolución de los *foedera naturai* y, por lo tanto, se constituye la plaga entendiéndosela como una metáfora de la vida (Commager Jr. 2007, 193). Con todo, la ruptura de los pactos de la naturaleza se relaciona directamente con la desintegración de los pactos sociales, hecho que analizaremos en el siguiente apartado a través de los versos finales del Libro VI.

3. El desequilibrio de lo social

Desde el verso 1225 hasta el 1286 —el hexámetro final de la obra—, Lucrecio relata la progresiva destrucción de los vínculos e instituciones sociales en Atenas como producto de la peste. El pasaje en cuestión se inicia con la pérdida del *ritus* y de la *scientia*, representados por los funerales y la medicina, elementos centrales en la constitución social. El marco de seguridad y de cohesión social que ambos otorgan se ve rápidamente quebrado por la falta de respuestas ante el desvío imprevisible y repentino de la naturaleza. Como sostiene Ludueña Romandini (2015, 40), “la ciudad se halla histórica y efectivamente diezmada”:

Funerales devastados se apresuraban para ser arrastrados sin que nadie los acompañara.

Tampoco había una explicación certera para un remedio común;

ya que lo que a uno le había permitido poder respirar las vitales

brisas del aire en la boca y contemplar las bóvedas del cielo,

para otros, esto era letal y les causaba la muerte⁴⁴.

Ante la ineficiencia de las herramientas sociales para cuidar el alma y el cuerpo por la carencia de *funera* y la insatisfacción de los *remedia* se inicia la disolución definitiva de la unidad entre cuerpo, ánimo y alma (VI.1230-1234) en los individuos⁴⁵, lo que desencadena la disgregación de los vínculos sociales. Al respecto, Ludueña Romandini (2015, 41) afirma:

a la despolitización absoluta del mundo humano le sigue la politización absoluta de la naturaleza que sólo habla el lenguaje de la muerte. En este sentido, lo que suele denominarse “biopolítica” no comienza, ciertamente, con la captura, por obra del derecho, de una vida definida como humana sino, al contrario, por la acción política del orden de la naturaleza no-humana que es el primer zócalo con el que debe medirse todo ordenamiento de la comunidad humana.

42 ver *De Rerum Natura* I,586; II,302; V,310, 924; VI,906-907.

43 ver *De Rerum Natura* II,218-19, 293.

44 VI,1225-1229: *Incomitata rapi certabant funera vasta. / Nec ratio remedi communis certa dabatur; / nam quod ali dederat vitalis aeris auras / volvere in ore licere et caeli templa tueri, / hoc aliis erat exitio letumque parabat.*

45 “En estas circunstancias aquello era lo único particularmente lamentable, / y lastimoso, que, cuando cada uno se veía envuelto / en la enfermedad, como si estuviera condenado a muerte, / yacía abandonado por su triste ánimo junto con su corazón, / y daba por perdida allí mismo su alma, esperando expectante los funerales” (*Illud in his rebus miserandum magnopere unum / aerumnabile erat, quod ubi se quisque videbat / implicitum morbo, morti damnatus ut esset, / deficiens animo maestro cum corde iacebat, / funera respectans animam amittebat ibidem*).

El proceso de disgregación en Lucrecio se expresa primero a nivel familiar, con la ruptura de los lazos de cuidado más estrechos y el aislamiento de los parientes como producto del miedo (VI,1238-1241)⁴⁶, hecho que impacta en el resto de las relaciones sociales complejas. De este modo, la epidemia corroe la unidad nuclear de la sociedad, la familia, sin la cual caen las estructuras sociales mayores, desatándose el *discidium* entre los atenienses: a causa del miedo incontrolable y del *nómos* de la muerte, se debilitan los *foedera* sociales que permiten la vida en comunidad. Prueba de ello es la competencia por los lugares en los enterramientos (VI,1247-1248)⁴⁷, la acumulación de los cuerpos en las calles (VI,1262-1263)⁴⁸ y el desconocimiento de las jerarquías (VI,1276-1277)⁴⁹. El *discidium* que provoca la ruptura de los *foedera* no hace sino aumentar la morbilidad de la humanidad, que no solo agoniza en lo físico y lo psicológico, sino también en su estructura social.

Esto está representado por Lucrecio mediante la imagen de una muerte que iguala y desintegra las diferencias construidas por la sociedad: los oficios y las clases (VI,1252-1255)⁵⁰, las edades y los roles familiares (VI,1256-1258)⁵¹ y la división entre espacio público y privado (VI,1267-1268)⁵². En consecuencia, el abandono súbito de los rasgos de la vida ciudadana es prueba del repentino retroceso de los atenienses a un estado de vida primitivo, en el que prima la ley del más fuerte y la falta de acuerdos sociales (VI,1285-1286)⁵³. Estos versos se oponen a la situación civilizatoria que narra Lucrecio en el Libro V con el desarrollo de las instituciones familiares (V,1011-1027), políticas (V,1105-1160) y religiosas (V,1161-1193), las cuales fueron creadas en los albores del desarrollo humano para salvaguardar los pactos que permiten la continuidad de la especie (V,1025-1027)⁵⁴ y, asimismo, equilibrar las relaciones sociales mediante leyes (V,1143-1144)⁵⁵. Este proceso de crecimiento-decadencia, según lo planteado por Gale (2004, 23), forma parte del núcleo argumental que Lucrecio despliega a lo largo del poema. Así, puesto que en el plano natural la invocación inicial a Venus como “engendradora” (*genetrix*) e “impulso vital” (*voluptas*) (I,1)⁵⁶ complementa la escena mortuoria final (VI,1285), del mismo modo este proceso se

46 “Pues, quienquiera que evitaba visitar a sus familiares enfermos, / deseosos, en demasía, de la vida y temiendo a la muerte, / los castigaba poco después con una muerte mala y deshonrosa, / abandonados y sin recursos, sacrificándolos con negligencia” (*Nam quicumque suos fugitabant visere ad aegros, / vitai nimium cupidus mortisque timentis / poenibat paulo post turpi morte malaque, / desertos, opis expertis, incuria mactans*).

47 “Y compitiendo unos con otros por sepultar a la multitud de los suyos: / volvían agotados por las lágrimas y el luto” (*Inque aliis alium, populum sepelire suorum / certantes: lacrimis lassi luctuque redibant*).

48 “Llenaban todos los lugares y las viviendas; tanto más, a causa del calor, / la muerte los acumulaba apilados así, a montones” (*Omnia complebant loca tectaque; quo magis aestu / confertos ita acervatim mors accumulabat*).

49 “Y, en efecto, ya no eran importantes en gran medida la reverencia / a los dioses ni sus poderes: el dolor presente los superaba” (*Nec iam religio divum nec nomina magni / pendebantur enim: praesens dolor exsuperabat*).

50 “Además, ya el pastor y todo boyero, / y el robusto conductor del curvo arado languidecían del mismo / modo, y en el fondo de su humilde vivienda yacían amontonados / los cuerpos, entregados a la muerte por la pobreza y la enfermedad” (*Praeterea iam pastor et armentarius omnis / et robustus item curvi moderator aratri / languibat, penitusque casa contrusa iacebant / corpora paupertate et morbo dedita morti*).

51 “Podrías haber visto, a veces, los cuerpos sin vida de los padres / encima de los cuerpos inanimados de los hijos, / y al revés, que los hijos morían encima de sus madres y padres” (*Exanimis pueris super exanimata parentum / corpora nonumquam posses retroque videre / matribus et patribus natos super edere vitam*).

52 “y muchos, por todas partes, a la vista, por lugares públicos y por las calles, / verías que sus lánguidos miembros perecen, estremecidos, con un cuerpo medio muerto” (*multaque per populi passim loca prompta viasque / languida semanimo cum corpore membra videres*).

53 “y ponían por debajo antorchas, manteniendo riñas a menudo / con mucha sangre, antes de que fueran abandonados los cuerpos” (*subdebantque faces, multo cum sanguine saepe / rixantes potius quam corpora desererentur*).

54 “pero una buena y gran parte conservaba los pactos virtuosamente, / o el género humano entonces ya habría perecido por completo / y su descendencia aun no hubiera podido continuar su existencia” (*sed bona magna pars servabat foedera caste; / sut genus humanum iam tum foret omne peremptum / nec potuisset adhuc perducere saecula propago*).

55 “De allí, una parte de ellos enseñaron a crear las magistraturas / y a establecer derechos, para que quisieran servirse de las leyes” (*Inde magistratum partim docuere creare / iuraque constituere, ut vellent legibus uti*).

56 “Engendradora de los Enéadas, impulso vital de los hombres y de los dioses” (*Aeneadam genetrix, hominum divumque voluptas*).

corresponde, en el plano social, con la oposición entre el surgimiento de la civilización en el Libro V y su desintegración en el Libro VI.

En este sentido, la imagen de la peste que Lucrecio construye como clausura “epifenoménica” de su obra (Fowler 2007, 204) constituye una representación de la agitación integral de los elementos tanto a escala macrocósmica cuanto a escala microcósmica. Tal como hemos procurado demostrar, la ruptura de los *foedera naturai* es la antesala inevitable de la disolución de los pactos sociales, con lo cual ambas *discordiae* pueden ser interpretadas como los efectos análogos del proceso de crecimiento-decadencia presente en el cosmos. Por lo tanto, el relato de la plaga en Atenas brinda una conclusión al poema en línea con la doctrina epicúrea, según afirma Müller (2007, 251-52): por un lado, en el plano físico, la peste ejemplifica los movimientos destructivos (*motus exitiales*) del mundo, frente a los cuales el hombre se torna insignificante; por otro, en el plano social e intersubjetivo, la plaga representa un escenario de incertidumbre y desesperanza totalizador que se contrapone a la idea de paz mental epicúrea o *ataraxía*. Ambas ideas pueden entenderse mejor hacia el interior de la obra, a partir de la representación textual de la enfermedad como un invasor externo de la ciudad (VV.1138-1205), y su correlato en la descripción del *discidium* como enemigo interno que emerge desde el interior del tejido social (VI,1225-1286). Con todo, ello permite llevar a cabo un movimiento de lectura hacia el exterior de la obra, en tanto el episodio puede leerse en relación con el contexto de enfrentamiento partidario en la Roma republicana coetánea a la composición del poema.

4. La representación de la peste como *remedium*

No obstante la desesperanza que le imprime a sus últimas páginas, Lucrecio ofrece a los lectores una posible respuesta para hacer frente al debilitamiento de las relaciones sociales. Ante la enfermedad activada por la agitación de la naturaleza y a sus irreversibles síntomas en lo físico, —contra los cuales la medicina se ve inerme—, los individuos se encuentran en completa desventaja. Sin embargo, Lucrecio sostiene que el hombre ha construido en el inicio de los tiempos sus propios pactos para transitar mejor la violencia de la naturaleza, personificada en la peste:

En aquel tiempo también comenzaron a trabar amistad pueblos vecinos
entre sí, deseosos de no lastimarse ni de deshonrarse,
y encomendaron a los niños y a la generación de mujeres,
cuando, de manera balbuceante con gestos y voces, señalaban
que era justo que todos se compadecieran de los débiles⁵⁷.

Precisamente, es la ruptura y el desconocimiento de estos *foedera* internos lo que debilita a los atenienses frente a la plaga y provoca los síntomas morales del *discidium* cívico, que infectan el organismo social de Atenas del mismo modo que las luchas intestinas y las ambiciones ilimitadas socavan la sociedad romana contemporánea a los lectores de *De Rerum Natura*. Frente a este hecho, el horror social de la peste disparado por el miedo a la muerte se presenta como una interpelación directa a los destinatarios del poema en relación con los principios epicúreos (Clay 1983, 266; Gale 2004, 23; Olberding 2005, 123-28; Morrison 2013, 223-32). Desde esta perspectiva, el *discidium* es la peste que enferma el cuerpo social de Roma y que puede ser sanado mediante los preceptos del epicureísmo desplegados en el texto; por lo tanto, el poema, en palabras de Commager (2007, 192) “está dirigido a la cura de la enfermedad interna del hombre”.

⁵⁷ *Tunc et amicitiam coeperunt iungere aventes / finitimi inter se nec laedere nec violari, / et pueros commendarunt muliebreque saeculum, / vocibus et gestu cum balbe significarent / imbecillorum esse aequum misererier omnis.*

Lucrecio insta filosófica y didácticamente a renovar los *foedera* sociales y a construir un espacio propicio para la *amicitia* como una forma de sanación única que mantendrá a la *Vrbs* a salvo del *discidium* y la hará sobrellevar con entereza las amenazas externas. Por consiguiente, el remedio que Lucrecio ofrece a sus lectores a partir de la resignificación de la peste de Atenas no es solo un *phármakon* prescrito para el enfermo político, sino también un medio para iluminar a los hombres con la doctrina epicúrea: a través de esta se insiste en la necesidad de construir la paz social a escala microcósmica, y en asimilar los *foedera naturai* a escala macrocósmica sujetos a la desviación y la renovación.

A modo de cierre, nos resulta insoslayable relacionar las reflexiones que hemos abordado en nuestra comunicación con la situación actual de incertidumbre global producto de la pandemia de COVID-19. Frente a procesos naturales sobre los cuales no tenemos control total, como la muerte, la degradación de la enfermedad y la vertiginosa expansión invisible de la peste, la persistencia de los *foedera* sociales que construimos y renovamos a diario nos hace sobreponernos a la epidemia. La solidaridad, el cuidado hacia el otro, el sostenimiento de los procesos educativos, la unidad de la comunidad científica y los espacios de intercambio gestionados por el impulso vital de millones de mujeres y hombres son verdaderos *phármaka* que, humildemente, nos mueven a cuestionarnos acerca de la naturaleza de las cosas.

Bibliografía

- Balsdon, J. 1979. *Romans and Aliens*, Raleigh.
- Boyancé, P. 1969. *Lucretius et l'épicurisme*, Paris.
- Breed, B. 2010. Introduction. En Breed, B., Damon, C. y Rossi, A. (eds.), *Citizens of Discord. Rome and Its Civil Wars*, 1-24, Oxford.
- Cabisius, G. 1984. Social Metaphor and the Atomic Cycle of Lucretius. *Classical Journal* 80, 5, 109-20.
- Clay, D. 1969. *Lucretius and Epicurus*, Ithaca-London.
- Cohn Jr., S. K. 2018. *Epidemics. Hate and Compassion from the Plague of Athens to AIDS*, Oxford.
- Commager Jr., H. S. 2007. Lucretius' Interpretation of the Plague. En Gale, M. (ed.), *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, 182-198, Oxford.
- Fantham, E. 2010. *Discordia Fratrum: Aspects of Lucan's Conception of Civil War*. En Breed, B., Damon, C. y Rossi, A. (eds.), *Citizens of Discord: Rome and its Civil Wars*, 207-220, Oxford.
- Frederik, D. (ed.), 2002. *The Roman Gaze: Vision, Power, and the Body*, Baltimore.
- Fowler, D. 2007. Lucretius and Politics. En Gale, M. (ed.), *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, 397-433, Oxford.
- Fowler, P. 2007. Lucretian Conclusions. En Gale, M. (ed.), *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, 199-233, Oxford.
- Gale, M. 2004. *Virgil on the Nature of Things. The Georgics, Lucretius and the Didactic Tradition*, Cambridge.
- Ludueña Romandini, F. 2015. La peste de Atenas: la guerra y la *polis* entre la política antigua y moderna. Un comentario sobre la "stasiología" de Giorgio Agamben. *Anacronismo e irrupción. Revista de Teoría y Filosofía Política Clásica y Moderna* 5, 9, 30-53.
- Morrison, A. 2013. Nil igitur mors est ad nos? Iphianasa, the Athenian plague and Epicurean Views of Death. En Lehoux, D., Morrison, A. y Sharrock, A. (eds.), *Lucretius: Poetry, Philosophy, Science*, 211-260, Oxford.
- Müller, G. 2007. The Conclusions of the Six Books of Lucretius. En Gale, M. (ed.), *Oxford Readings in Classical Studies. Lucretius*, 234-254, Oxford.
- Olberding, A. 2005. 'The Feel or Not to Feel it': Lucretius' Remedy for Death Anxiety. *Philosophy & Literature* 29, 1 (April), 114-129.

- Ruiz Castellanos, A. 2012. La etiología como forma de composición de la Peste de Atenas en Tucídides y en Lucrecio. *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 32, 1, 7-34.
- Sedley, D. 2004. *Lucretius and the Transformation of Greek Wisdom*, Cambridge.
- Serres, M. 1994. *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias*, Madrid.
- Tee, L. 2016. *Foedera Naturae in Lucretius' De Rerum Natura*. Melbourne. (Disponible en <https://dspace.library.uvic.ca/handle/1828/7520>).